

APUNTES ETNOGRÁFICOS

SOBRE

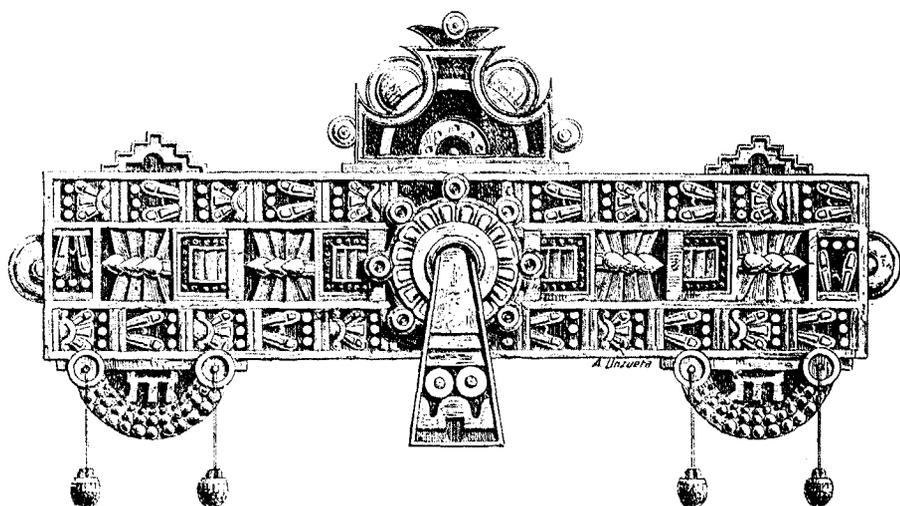
LOS OTOMÍES DEL DISTRITO DE LERMA,

POR

PABLO HENNING,

COLECTOR DE DOCUMENTOS ETNOLÓGICOS DEL MUSEO NACIONAL.





Habiendo recibido de la Dirección del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, á mediados de octubre del año próximo pasado, la comisión de ampliar de un modo conveniente el material fotográfico y de moldeado que acerca de los otomfes existe en el Departamento de Etnología de la mencionada institución, tuve la oportunidad de visitar, en debido cumplimiento de dicha comisión, la mayoría de los pueblos otomfes que se encuentran diseminados en el Distrito de Lerma, Estado de México, y de hacer, durante mi permanencia entre los indígenas de la región mencionada, las observaciones que en seguida consignaré.

Si bien éstas no son lo bastante completas para que se puedan aplicar á la totalidad de la raza otomí, por haberse limitado el terreno de observación á una sola comarca, no dejarán, sin embargo, de interesar no sólo al etnógrafo, que se sorprenderá al notar cuán poco modernizados están los representantes de una raza indígena que casi vive en las puertas de la Capital de la República, sino también al amigo de los naturales, que se preocupará por las condiciones poco halagüeñas en que se hallan los indios aludidos, y al estadista, que, comprendiendo que el atraso que manifiestan es prueba directa de una heterogeneidad peligrosa, preverá la posibilidad de complicaciones que, á causa de ésta, pueden surgir en lo futuro, si no se toman á tiempo las medidas adecuadas para llevar á cabo la asimilación necesaria.

## NOMBRE Y NÚMERO.

Los otomíes tienen solamente este nombre, que se escribe, unas veces, otomí; otras, othomí, y algunas otras, otomite. Es el significado de esta palabra, según Nájera, <sup>1</sup> «los nada quietos,» por no haberseles permitido, durante el curso de su historia, quedar tranquilamente instalados en los terrenos que originalmente les pertenecieron. Los historiadores <sup>2</sup> de la conquista los llaman á veces chichimecas, queriendo indicar con esto que los otomíes, comparados con los pueblos más cultos del Anáhuac, eran torpes y de ingenio, carácter y cultura escasos. <sup>3</sup> Sin embargo, es probable que haya mucha exageración en esas aseveraciones, <sup>4</sup> por haber sido siempre la raza otomí de una cultura superior á la de los chichimecas cazadores, <sup>5</sup> sus antiguos vecinos inmediatos.

Los otomíes actualmente existentes en la República, viven repartidos principalmente, según la Estadística General correspondiente al año de 1900, en los Estados de Hidalgo, donde alcanzan un número de población de 93,281; México, de 55,251; Querétaro, de 23,890; Guanajuato, de 11,769; Puebla, de 3,966; Michoacán, de 2,458, y Tlaxcala, de 2,110, habiendo también algunas pequeñas fracciones en Morelos, San Luis Potosí, Campeche y Chiapas. Su número total, según la propia Estadística, asciende á 194,790, contra 634,627 aztecas, 251,757 mayas, (excluyendo á los que pueblan el territorio de Quintana Roo), 224,671 zapotecas y 159,892 mixtecas, por lo que podrá verse que los otomíes, numéricamente hablando, ocupan el cuarto lugar entre las principales razas indígenas de la República. En cambio, económicamente, son sin duda muy inferiores á las otras tribus mencionadas, por el hecho de que viven en terrenos muy poco fértiles, originando esto la circunstancia de que los otomíes, durante largos períodos de su historia, se vieron obligados más bien á dedicarse á la caza que al cultivo de los campos, mientras que los indígenas de las otras razas citadas, por disponer de terrenos de mejor calidad, se dedicaron más al cultivo de los campos y desde la remota antigüedad figuran entre los más renombrados agricultores del Continente Americano.

1 Orozco y Berra. «Geografía de las Lenguas.» Méx. 1864, p. 16.

2 Sahagún. «Historia General,» ed. Bustamante, tomo III, pp. 115 y 147.

3 Id., id., p. 175.

4 Id., id., pp. 122 y 123.

5 Id., id., pp. 115 y 120.



VISTA GENERAL DE LERMA, EDO. DE MÉX.



MERCADO DE LERMA, EDO. DE MÉX.

**BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL**

## ORIGEN É HISTORIA.

Así como el origen de la raza americana, el de los grupos étnicos que la constituyen, en la mayoría de los casos aun está por averiguarse. Ciertamente no falta una que otra tradición referente á estos problemas; pero si alguna de ellas permite conclusiones, éstas, con raras excepciones, suelen ser poco precisas. Sin embargo, hay sus excepciones, á las cuales por fortuna pertenece el caso de los otomfes, pueblo cuyos origen y relación con los demás pueblos del Anáhuac, han dado lugar á no pocas especulaciones, considerándosele, en cuanto á su origen, como uno de los más misteriosos de todo el Continente Americano. Como hay mucha fantasía en las opiniones emitidas en este sentido acerca de los otomfes, no será por demás examinar brevemente lo que hay de cierto en las noticias que alguna luz pueden arrojar sobre esta materia.

Mendieta, en su «Historia Eclesiástica,» <sup>1</sup> nos ha conservado una tradición de la que se desprende que tanto los otomfes como los ulmeca, mixteca, xicalanca, tenuchca y xelhua, tienen por padres á Iztac Mixcóatl é Ilancueye. Ahora bien, como lo comprueban los códices, estos dioses pertenecen á la generación americana original ó época de los primitivos toltecas, dándoseles á conocer como tales, ya por una característica física especial, consistente en una partida bucal semejante á la de los ancianos, ó bien acompañando sus figuras con los objetos de su propio uso en estado roto ó desgastado, para indicar que éstos ya no sirven. Por



otra parte, reconocemos fácilmente en los ulmeca y xicalanca, mixteca y xelhua, á los primeros habitantes de Nueva España que pertenecieron á la época del primer Quetzalcóatl, de quien dice

<sup>1</sup> Méx. 1870, pp. 77 y 78.

otra tradición que era hijo del propio Iztac Mixcóatl, siendo su propia madre, en vez de la Ilancueye, la virgen Chimalman. <sup>1</sup> Existe, pues, una relación armónica entre lo asentado en los códices y las tradiciones conservadas por los historiadores, demostrando que los indígenas estaban bien seguros en su convicción de que los otomíes eran sus coetáneos y del mismo origen que los otros pueblos indígenas de la Nueva España. No obstante lo intachable de este testimonio, muchos autores aun se inclinan á la opinión de que los otomíes, no sólo son de una antigüedad más grande que sus vecinos, sino, á la vez, de un origen completamente distinto, aduciendo en apoyo de sus teorías, las siguientes razones:

Cuando los toltecas entraron en el valle de Tula, donde más adelante fundaron su capital, se encontraron en ese lugar á los otomíes, á quienes no tardaron en desalojar. Ahora bien, como estos toltecas, en la opinión de los autores referidos, son los pobladores más antiguos de la América, evidentemente los otomíes, por haber sido anteriores á ellos, se remontan á una antigüedad tan grande, que no será difícil date de tiempos completamente prehistóricos. Es falso, sin embargo, este argumento, por convincente que parezca á primera vista.

Los toltecas que vinieron del Norte á fundar su capital en el lugar de la antigua Manhemi de los otomíes, es sabido que fueron los del segundo Imperio, que floreció desde mediados del siglo VIII hasta el XII de nuestra era. <sup>2</sup> Ahora bien, dadas las muchas inmigraciones en América, un pueblo que á mediados del siglo VIII de nuestra era hubiese sido arrojado de determinado lugar por otro, no por eso era necesariamente más antiguo que aquél.

Otra razón que, en opinión de muchas personas que se dedican á estos estudios, habla en favor de una antigüedad excepcional de los otomíes, es su propio idioma. Ciertamente que éste no parece tener relación á primera vista con ninguno de los hablados por sus vecinos, como que, con sus dialectos, aparentemente forma un grupo lingüístico aparte. Sin embargo, aun en el caso de que una relación de las mencionadas no pudiese descubrirse, ésta hablaría únicamente en favor de un aislamiento de los otomíes del resto de los pueblos americanos durante largo tiempo; pero no necesariamente de un origen distinto. Pero ni siquiera es un hecho el aserto

1 Mendieta, «Historia Eclesiástica,» Méx. 1870, pp. 82 y 83.

2 Ixtlilxóchitl les hace llegar al sitio de Manhemi en 556 A. D.; pero según autores competentes modernos, sucedió esto más tarde. Si no estamos equivocados, identifica Seler el año de la llegada de los toltecas á Manhemi con el año 750 A. D.

de que no existe relación alguna entre el otomí y los demás idiomas de la Nueva España, habiendo comprobado el Sr. D. Francisco Belmar que incuestionablemente aquella habla es pariente del mixteco-zapoteca, <sup>1</sup> viéndose confirmadas sus propias investigaciones por lo consignado en la tradición, que precisamente establece un parentesco íntimo entre las razas mencionadas. Es en verdad muy remoto ese parentesco entre los descendientes modernos de estos dos pueblos, como es natural, y las peculiaridades y diferencias entre uno y otro idioma demuestran que la separación se efectuó en fechas muy lejanas; pero siempre existe, y estando de conformidad con lo expresado por la tradición histórica y los códices, confirma el testimonio de éstos.

Otro motivo por el cual se creía que los otomíes fuesen, no sólo de una antigüedad extremada, sino, además, de origen exótico, era el de que algunos de sus pretendidos rasgos somáticos los hacían parecer distintos, en cuanto á físico, de los demás indígenas vivientes en territorio mexicano. Creyéndose que uno de los tipos somáticos característico de éstos, el de la nariz aplanada y ancha, y el que á veces se aproxima en ciertos rasgos de la cara (pero no necesariamente á la vez en los del cuerpo) al mongoloide, predominase entre los otomíes, se quiso deducir de allí que los fundadores de esta raza en América debían haber sido de origen asiático. Pero tampoco las bases de este argumento se avienen con los hechos. En primer lugar, son muy numerosos los representantes del tipo de nariz aguileña entre los otomíes, y, como pude convencerme, observando especialmente á los del Distrito de Lerma, los que hay de representantes del tipo de la nariz aplanada y ancha, entre ellos, están muy lejos de aproximarse al tipo mongoloide. Más aproximación á éste hay indudablemente entre los zapotecas del Valle Grande de Oaxaca y entre los mixtecas, que entre los otomíes que el autor pudo observar.

Que, por otra parte, haya diferencias secundarias entre la somatología de los otomíes y la de sus antiguos parientes, los zapotecas y mixtecas, es innegable, siendo natural que éstas existan por la sencilla razón de que desde tiempos remotos, en medio ambiente, cultura y ocupación, ha habido diferencias marcadísimas entre unos y otros.

Esto es en cuanto al origen y la edad de los otomíes en América; en lo relativo á su historia, es muy difícil averiguarla punto por punto, tratándose de un pueblo que en este sentido poco ha figurado y que en la mayoría de los casos se menciona únicamente en

1 «Familia mixteco-zapoteca y sus relaciones con el otomí.» Méx. 1905.

calidad de conquistado y tributario. Es precisamente esto motivo también por el cual ni siquiera es posible dar crédito absoluto á lo que los historiadores nos dicen acerca de ellos. Sin embargo, no es difícil reconstruir determinados hechos generales que en seguida consignamos.

Por la relación lingüística que el ya citado Sr. Belmar ha descubierto entre el otomí y el mixteco-zapoteca, relación que, como ya dijimos, está perfectamente de acuerdo con lo asentado en la tradición histórica acerca del parentesco de estas naciones y en los códices, es de suponerse que los antepasados de los otomíes vinieron á la Nueva España con las primeras tribus toltecas, de las cuales se dice que en tiempos remotos vinieron á poblar el Sur de la Nueva España.<sup>1</sup> Es también allí donde debió haberse efectuado la separación antes referida, aunque no sabemos á consecuencia de qué circunstancia, si bien es indudable que debió haber sido fatal y de graves perjuicios para los otomíes, datando probablemente su descenso en la escala cultural, desde aquel acontecimiento. Por oscuros que se presenten los hechos del caso en cuestión, permiten formular las siguientes suposiciones:

Todos los pueblos americanos de cultura tolteca, y por esto denominados brevemente toltecas, parecen haber tenido especial empeño en ocupar terrenos fértiles. Adoradores del árbol de la vida, cuyos símbolos constituyen por excelencia las más preciadas matas lactíferas de los trópicos, su civilización debe haberse desarrollado necesariamente en las zonas tropicales y subtropicales de la América, motivo también por el que, al llegar á la Nueva España, ocuparon originalmente las zonas análogas de ella. Así dice Sahagún, por ejemplo, de los olmecas, vixtoti y mixtecas: « . . . . . dicen que son Tultecas . . . . . y que son descendientes de los Tultecas de que arriba se ha hecho mencion, y son poderosos porque sus tierras son muy ricas, fértiles y abundosas, donde se dá todo género de bastimento en abundancia . . . . . Dase tambien allá el ulli que es una goma negra de un árbol que se llama olli . . . . De estos porque eran ricos y no les faltaba nada de lo necesario, se decía que eran hijos de Quetzalcoatl.»<sup>2</sup> Sería probablemente cuestión política entre estos pueblos el poseer terrenos como los descritos por Sahagún, de los que los más fuertes aprovechaban lo mejor, dejando á los más débiles lo que aquéllos desechaban. Viendo estas tribus originalmente del Sur, en pos de los toltecas,

<sup>1</sup> « . . . iban siempre delante los toltecas y luego los otomíes. » Sahagún, obra citada, tomo III, p. 144.

<sup>2</sup> Id., íd., p. 136.



VISTA GENERAL DE LA LAGUNA DE LERMA, EDO. DE MÉX.



EMBARCACIONES USADAS POR LOS NAHOAS EN LA LAGUNA DE LERMA, EDO. DE MÉX.

~~BIBLIOTECA~~ DEL MUSEO NACIONAL

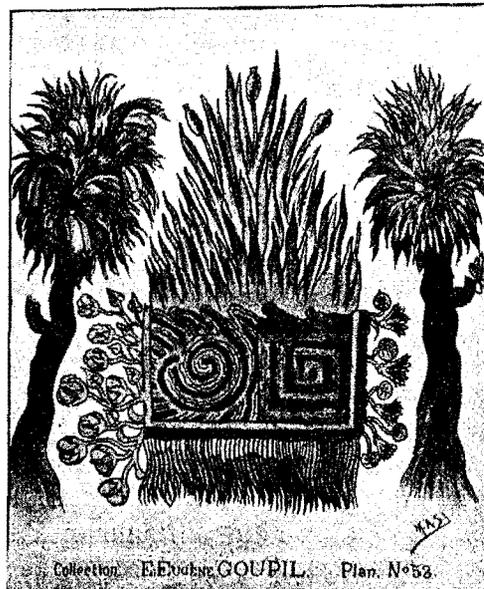
primitivos, hallamos á los otomíes, á consecuencia de la precitada separación, excluidos de territorio netamente tolteca, diseminados en el Norte <sup>1</sup> y formando, con respecto á los xicalancos y ulmecas, zapotecas y mixtecas, una población secundaria, con cultura especial, á la vez que inferior, características de esta clase de poblaciones. Pero aun así, su colocación en el territorio de la Nueva España no habría sido sin ventajas, si los sucesos de los tiempos posteriores no hubieran fijado uno de los centros históricos de más importancia en toda la América, precisamente en el corazón de sus posesiones.

Las disensiones internas entre los toltecas primitivos, así como la aniquilación del partido ortodoxo entre ellos, tras una larga y sangrienta guerra, durante la cual el último sacerdote de Quetzalcóatl se vió obligado á replegarse con los suyos á Huehuetlapalan, fueron también la causa por la que un gran contingente de sus enemigos los persiguieron allí, al finalizar la época de los toltecas expresados, dando lugar á una emigración de Sur á Norte que más adelante no dejó de tener su reacción en sentido contrario, por el regreso de muchas tribus, tiempo después, de la Huehuetlapalan referida á Tamoanchan, la casa de su nacimiento. A éstos pertenecieron sin duda los toltecas fundadores del segundo Imperio, quienes, como ya dijimos, arrojaron á los otomíes del lugar de la antigua Manhemi. <sup>2</sup> Por haber sido anteriormente adictos á la cultura tolteca, habían conservado la costumbre ó principio político de no quedarse en terrenos que no ofreciesen la garantía de cierta abundancia, y como en la región de los otomíes estos terrenos más bien se hallaban á lo largo de los ríos y en las orillas de las lagunas, natural era que poblases allí, recibiendo, á consecuencia de ello, el nombre de nahuatlacos. En recuerdo de la antigua tierra de abundancia, dieron el nombre de ella, Tula, á su Capital, combinando en el jeroglífico con que solían designar éste, el árbol Póchotl, hermano de la ceiba tropical, ambos árboles sagra-

1 «... los otomíes con su señor, en llegando á Coatepec (Tula, Manhemi), no fueron más adelante con los demás... y las demás gentes, como los toltecas, y los mexicanos ó nahoas y todos los otros... fueron á dar en un valle entre unos peñascos... en este valle había siete cuevas.» Sahagún, obra citada, tomo III, p. 144.

2 «En el año de Ce Calli... llegaron los tultecas, ó por mejor decir, los hueytlapalanecas (toltecas vueltos de Huehuetlapalan) á Tula...» Ixtlilxóchitl. Méx., 1891. Relaciones, p. 29.

«Estando allí (en las siete cuevas) los tultecas con los demás, dicen que su dios les habló aparte, mandándoles que volviesen de donde habían venido.» Sahagún, obra citada, tomo III, p. 145



JEROGLÍFICO DE TULA, CAPITAL DEL SEGUNDO IMPERIO TOLTECA.

dos de Quetzalcóatl, con los signos más caracterizados con que la abundancia se manifestaba en los lugares nuevamente ocupados por ellos.

Naturalmente que todo rincón de tierra de los otomíes que resultaba con idénticas ventajosas condiciones, fué ocupado por ellos, tales como Tulancingo, Toluca y otros; y esta consideración es también el motivo por el que luego extendieron sus posesiones al Valle de México, y de allí, aumentándolas más y más, al Sur. Ya se comprenderá, por consiguiente, que no quedó ya para los otomíes, sino solamente las serranías, bien poco favorables para la agricultura, por cuyo motivo este pueblo debió probablemente desde entonces dedicarse en mayor escala á la caza, conociéndose después á sus pobladores bajo el nombre de chichimecas, seguramente porque se vieron obligados á vivir en parte como éstos. Si los toltecas les exigieron tributo, ó no, es asunto que se ignora, por no hallarse en ninguna obra histórica dato alguno sobre este particular; pero es probable que éste haya sido el caso.

A los toltecas del segundo Imperio siguieron los chichimecas cazadores, bajo Xólotl, que eran los primeros en ocupar muchos lugares abandonados por los toltecas. Estos chichimecas indudablemente vinieron del Norte, por haberse asociado con ellos siempre esta región. Otros lugares anteriormente habitados por

los toltecas, más adelante fueron poblados por otras tribus, procedentes también de Chicomóztoc, como son los colhuas, xochimilcas, tepanecas, chalcas y huexotzincas, los que se radicaron en el Valle de México, mientras que sus contemporáneos, los tlaxcaltecas y tlalhuicas, del mismo origen y habla que ellos, siguieron más al Poniente y Sur. Todas estas tribus, se dice, tuvieron que pedir permiso al referido Xólotl para poder ocupar ciertos terrenos. Curioso es el hecho de que, según algunos autores, ante este monarca también se presentaron los otomfes, en unión de los colhuas, con idéntica solicitud, tratando evidentemente de recuperar algo de lo que en época de los toltecas habían perdido. <sup>1</sup> Además, es probable también que durante el período chichimeca hayan vivido en condiciones bastante bonancibles, que disminuyeron considerablemente, sin embargo, cuando llegaron al Valle de México los que más adelante le dieron su nombre, los mexicas.

Este pueblo, como hemos visto, era también uno de los que con anterioridad habían perseguido á los toltecas primitivos, con el fin de destruirlos, hasta Huehuetlapalan ó Chicomóztoc, <sup>2</sup> conservando, indudablemente por este motivo, desde entonces, sus instintos sanguinarios y su espíritu bélico, los que, sometidos á pruebas muy duras en los primeros tiempos de su llegada al Valle de México, lo hicieron sobreponerse pronto á la situación.

Materialmente ayudó en esto el hecho de que en su propio panteón no figuraban, como en el de las demás tribus, en primer término, las deidades de la vida y vegetación, sino las de la muerte y guerra, llegando á ser ésta una de los deberes religiosos principales de este pueblo. Como el favor de las deidades referidas sólo se obtenía ofreciéndoles en sacrificio muchos cautivos, se comprenderá que un rey azteca que quisiera probar su gratitud al dios que le había permitido su elevación al trono, se dedicase desde luego, y con todo empeño, á la conquista de pueblos. Naturalmente que los vecinos inmediatos á los mexicas eran los primeros que estaban destinados á sufrir las consecuencias de instituciones religiosas tan excepcionales, por lo que no tardó en llegarle su turno, según el código Mendocino, á Xilotépec, Capital de los otomfes, en el año de 1468, cuando fué conquistada por Huehue-Moctezuma (1441-1469); cayendo los principales lugares del Valle de Lerma:

<sup>1</sup> Ixtlilxóchitl, «Historia Chichimeca.» Méx., 1892, cap. IV y siguientes. Sahagún, obra citada, tomo III, p. 145.

<sup>2</sup> «Después de esto, á los mexicanos que quedaban, á la postre les habló su dios diciendo: que tampoco habían de permanecer en aquel valle (de Chicomóztoc). Sahagún, obra citada, tomo III, p. 145.

Toluca, Ocoyóacac, Atlapulco, Capulua, etc., en tiempo de su sucesor, Axayácatl (1469-1481).<sup>1</sup> Era también costumbre de los mexicanos imponer tributos muy onerosos, no sólo para enriquecerse con ellos, sino además con el fin de hacer trabajar mucho á los conquistados y tenerlos en estado de debilidad. Por consiguiente, si en tiempo de los chichimecas habían vivido los otomíes de una manera más desahogada, los encontramos ahora subyugados á unos de los conquistadores más inexorables que haya visto la Nueva España en el curso de su historia. Claro está que esta dependencia, en el curso del tiempo, debía dejar huellas muy profundas en el ánimo del otomí, huellas que aun hoy se manifiestan en su mansedumbre y sumisión personal, rayana en cobardía, y en lo huraño y evasivo de su carácter: características que lo diferencian notablemente del resto de los indígenas que habitan en la República.

La conquista española, tal vez no menos cruel que la mexicana, no produjo tampoco cambios notables en favor de los otomíes; antes bien, puede decirse que en cierto sentido hizo empeorar su situación. Los terrenos de las zonas donde éstos habitaban, ya densamente pobladas, fueron sujetas después á una nueva repartición, quedando la mejor parte, como era natural, á los españoles, y los bajos y orillas de las lagunas á los nahuatlacos, dejando el resto, por no convenirles, á los otomíes, quienes por este motivo se veían forzados á conformarse con tierras de mala calidad ó de muy estrechos límites. Aun hoy, es ésta su situación; más precaria todavía, por no serles posible recurrir á su antiguo medio de vida, consistente en la caza, á fin de auxiliar sus necesidades. Agréguese á esto la rapacidad proverbial de la mayoría de los hacendados, que no pueden ver al vecino, sobre todo si es indígena, en posesión de un terreno ó pedazo de monte ó corriente de agua, sin tratar de quitárselo, y se podrá decir, sin temor de contradicción, que en la actualidad los pueblos otomíes, con toda seguridad los que el autor pudo visitar, se encuentran en condiciones tan estrechas como nunca en el curso de su historia.

#### RELIGIÓN.

Todo indígena de por sí es tradicionalista; esto por una parte, y, en adición, el poco interés que ha habido en modernizar al otomí, por otra, son seguramente los dos motivos más poderosos por que este pueblo aun hoy conserva obstinadamente muchas de sus

<sup>1</sup> Fechas según el intérprete anónimo.



UNA CALLE DE TULTEPEC, EDO. DE MÉX., DONDE SE SECA EL TULE PARA FABRICAR PETATES.



CAPILLA DEL CERRO DE LA CAMPANA EN SAN NICOLÁS PERALTA, EDO. DE MÉX.

**BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL**

creencias y prácticas religiosas antiguas. Analizando éstas, parece que la primera conquista que tuvo que sufrir esta raza y á consecuencia de la cual quedó sujeta á los reyes de México, quienes hallaron este pueblo sin organización política ni religiosa bien desarrollada y compacta, encontró campo favorable para implantar instituciones correspondientes á su civilización, por tener éstas la ventaja de estar fundadas en principios netamente indígenas y, por ende, de más fácil adopción por los otomíes; en cambio, la segunda, la española, que pretendió implantar principios nacidos y creados en otro suelo, encontró la tarea más difícil, no sólo por ser dichos principios netamente extranjeros y, por tanto, extraños, sino también por el hecho de que ya sus predecesores habían aprovechado, en cuanto les había sido posible, las oportunidades del caso. Así es que uno de los medios más eficaces, el de la influencia religiosa, para inculcar al indígena en cuestión ideas modernas, desde el tiempo de su conversión al catolicismo hasta la fecha, ha quedado restringido á un radio comparativamente pequeño, y es éste el motivo por el que, sin duda, actualmente los otomíes, juzgados con imparcialidad, son católicos solamente en aquellos puntos en que el rito y el dogma de esta Iglesia se avienen con sus creencias antiguas; pero católicos, apostólicos, romanos, evidentemente que no lo son en el sentido estricto de la palabra.

Según Sahagún, á quien copian los demás historiadores, la deidad venerada por los otomíes se llamaba antiguamente Yocipa; 1 pero no dice cuál era su carácter, ni describe el culto de que era objeto. Sin embargo, por figurar el chalchhuitl entre las piedras estimadas por los otomíes, así como por mencionarse también que los sacerdotes del dios solían sangrarse los labios y los muslos con púas de maguey, y que tenían adivinos que auguraban, entre otras cosas, si aquel año debía serles favorable por la constancia oportuna de las lluvias, es de suponerse que este dios fuese, como casi todos los de la antigüedad americana, símbolo de fertilidad y semejante en sus rasgos generales á los que estaban en boga en los demás pueblos del Anáhuac. Muy interesante sería poder encontrar algo en terreno otomí que diera alguna luz sobre asunto de tanta trascendencia; pero probablemente no es fácil llevar á cabo tal propósito. Por lo menos, todo cuanto yo pude encontrar en este sentido entre ellos, es ya netamente náhuatl y data sin duda de la misma época en que recibieron sus nombres náhuatl todos los pueblos otomíes, nombres que aun son los oficiales de hoy.

Ya en la propia localidad de Lerma, cabecera del Distrito de

1 Sahagún, obra citada, tomo III, p. 123.

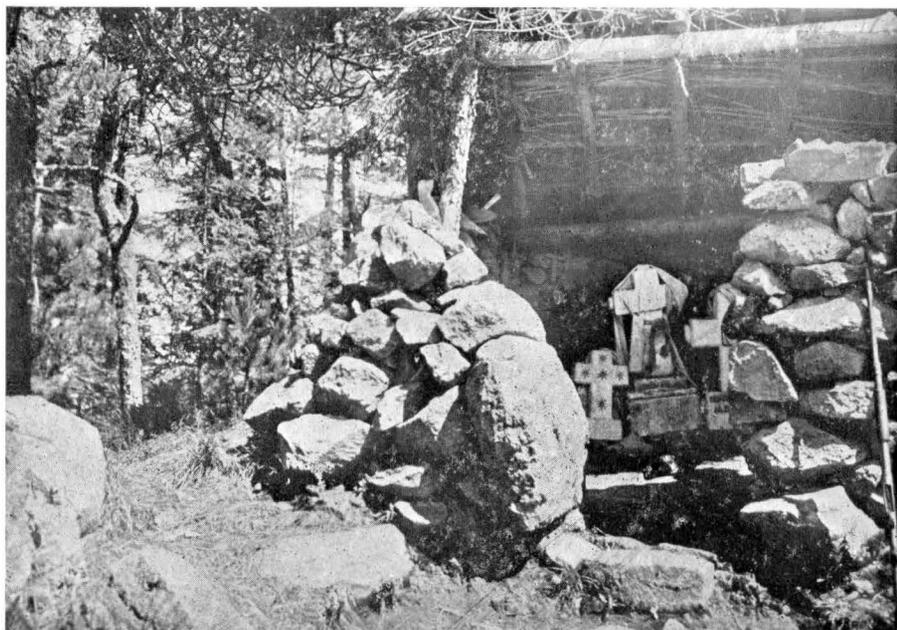
este nombre, pude observar que ideas de origen náhuatl aun hoy día influyen grandemente en la configuración de algunas imágenes que allí se veneran: la del famoso Señor de la Caña, por ejemplo, de la que se dice fué traída en épocas pasadas por los indios de Huisquilucan, tiene fondo de Tláloc Cintéotl. Igualmente en Tul-



CÓDICE RIOS 45

TLÁLOC-CINTÉOTL.

tepec, pueblo inmediato á Lerma, pueden observarse huellas del culto de la antigua Xilonen, y en la imagen de la Virgen de Guadalupe, de Ameyalco, pueblo netamente otomí del Distrito de Lerma, se notan las características de esta diosa antigua en grado marcadísimo. El juez de esta localidad, á quien interrogué sobre el particular, me dijo que efectivamente todavía existían muchas creencias y prácticas religiosas antiguas entre los indígenas y que, entre otras cosas, en un cerro que se encuentra en terrenos de la hacienda de San Nicolás Peralta, aun tenían establecido un adoratorio ó cueva, al cual subían en ciertos períodos del año para practicar allí sus devociones y hacer sus fiestas. Como no estaba muy distante la citada hacienda y casualmente se hallaba en ella su dueño, el Sr. D. Ignacio de la Torre, resolví ir allí para solicitar el permiso necesario á fin de visitar el adoratorio aludido, permiso que desde luego me fué bondadosamente concedido, poniendo también á mi disposición todos los auxilios que la empresa requiría. El resultado obtenido fué del todo satisfactorio, y demuestra claramente, fuera de toda duda, que los indígenas de la serranía que media entre los valles de México y Toluca, como ya dije, son católicos solamente en aquellos puntos que más afinidad tienen con sus creencias antiguas.



INTERIOR DE LA CAPILLA DEL CERRO DE LA CAMPANA EN SAN NICOLÁS PERALTA, EDO. DE MÉX.



CRUCES VENERADAS EN LA CAPILLA DEL CERRO DE LA CAMPANA EN SAN NICOLÁS PERALTA, EDO. DE MÉX.

BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL

En la parte más elevada del cerro precitado se encontró la capilla, si así puede llamársele, que tiene por dimensiones m. 1.70 de largo por m. 1.50 de ancho, de la construcción y condiciones que manifiesta la lámina número 3. Se encuentran en su interior, según puede verse en la lámina número 4, seis cruces de toba volcánica, cuyo tamaño y disposición revelan cierto plan, no emanado de un atavismo religioso esporádico, sino de una organización permanente radicada en los pueblos de los contornos. La más alta de las cruces parece dedicada á la Virgen, cuya fisonomía quiso el escultor representar en el cruce de los dos brazos. La más grande de ellas, en cambio, y esto es muy significativo, es la del Cristo, cuya fisonomía aparece igualmente en el lugar correspondiente. A más de ser estas dos de labor más delicada que las otras cuatro, que, colocadas dos en cada lado, completan la serie, son también las únicas que tienen adornos, que consisten en flores y tiras de género blanco con fleco de encaje, en substitución de las mantas y tilmas que se usaban antiguamente. Delante de la cruz de la Virgen había una cazuelita, que sirvió evidentemente para quemar copal, del que aun se encontraba una cantidad bastante grande en un papel al pie de ella. Además, se encontraron huellas de cera y, por los lados y los rincones de la capilla, matas de maíz ya secas, crucecitas de madera, etc., mereciendo especial atención el hecho significativo de que encima de cada cruz se hallan colocados pedacitos de copal. Otras ofrendas, como las consistentes en fruta, que suelen hacer los indios al practicar sus devociones ante estas cruces, habían ya desaparecido, aprovechándolas seguramente los pastores y monteros que por estos cerros transitan. 1

1 «Estos otomíes adoraban á dos dioses; al uno llamaban Otontecutli, el cual es el primer señor que tuvieron sus antepasados; al otro llamaban Yoxippa, y á éste hacían mayor fiesta que al otro; . . . .tras estos dos, tenían otro que llamaban Atetein, y siempre iban á hacer oración y sacrificios á las alturas de las sierras.» Sahagún, obra citada, tomo III, p. 127.

«El lugar donde la idolatría estaba, era un empinado Cabeço, que la sierra hacía, y mui espeso el Bosque, y enmedio de él estaba un monton de Piedras, que parecían haver sido de algun Altar, en otro tiempo, y enmedio de estas Piedras estaba vna, que sería poco mas de media vara de largo, y como una de tercio de ancho, y remataba a manera de Piramide, o de Pilon de Açucar, aunque no tan bien formada. Estaba cobijada con una Manta de Algodon, del tamaño de un Pañuelo de Mesa, al uso que estos indios se cubren con sus Mantas, y aunque no tenia cara, parecia tenerla mirandola de algo lexos. . . . .

«Y cabamos todo el sitio del Altar, de donde sacamos Mantillas de Al-

Ahora bien, es de creerse que sea probablemente la siguiente la relación de las cruces entre sí: se notará que la cara del Cristo en la cruz dedicada á él, despide rayos, es decir, representa el sol, antiguamente astro del regente de la era ó dios supremo. De éstos había dos en la antigüedad: Tetzcatlipoca y Quetzalcóatl, siendo aquél, cuyo símbolo especial era la cruz ó tonacaquáhuitl, el último de los dos citados, ó Tonacatecuhtli. Al decirse de él que había sido hijo de Iztac Mixcóatl, dios creador de la primera raza americana, y de la virgen Chimalman, nada más sencillo que identificarlo en tiempo de la cristiandad con el Cristo, hijo del Padre Eterno y de la Virgen María.

Hallándose el Cristo asociado con la idea del dios sol ó regente de la era, veo, además, perfectamente lógico asociar á la Virgen Madre de Dios con la luna, símbolo antiguamente de la Toci Tlazoltéotl, madre de los dioses y de los hombres, diosa de la región del Oeste ó del cincalli, donde nació el Cintéotl Tonacatecuhtli ó Quetzalcóatl.



CODEx BORGIA 55.

LA DIOSA TOCI-TLAZOLTÉOTL.

godon, sanas y podridas, mucho Copal añejo, y fresco, Pelotas de Uli, que es vna Resina (que decimos en otra parte, con que embijaban y vntaban las caras de los Idolos) y algunos Reales mohosos, que debia de ser toda una ofrenda antigua, y unas pocas de Candelillas frescas, y mas de cincuenta o sesenta Idolillos de diversas piedras y figuras.» Torquemada, «Monarquía Indiana,» tomo III, p. 204, I, 2.

«Muchas veces sucedió que entre los Idolos del Demonio, hallaron tambien imagenes de Christo Nuestro Redemptor, y de Nuestra Señora, que los Españoles les habian dado pensando que con aquellas cosas se contentarian; pero como gente hecha a la adoración de muchos Dioses, o pareciendoles que asi como ellos tenian creido, que los que cada una de aquellas Imagenes representaba lo era, o porque forçados de los Españoles los recibian, las juntaban con los Diabolicos Simulacros, y Figuras de los Demonios, y juntamente con ellos los tenian.» Torquemada, obra citada, tomo III, p. 61.

Las cruces de los lados, adornadas con estrellas, por una parte parecen estar dedicadas á los tlaloques, deidades de la vegetación que residen en la cumbre de los montes y á quienes, como á Tláloc, también les corresponde la cruz; debiendo asociarse, por otra parte, con las estrellas, entre las cuales se mueven la luna y el sol, por ser deidades menores. Por consiguiente, el fondo de las creencias manifestadas en esta capilla es netamente náhuatl, y el visitante que penetrase en una de éstas y creyese que están dedicadas al culto cristiano, se equivocaríá ciertamente.

Un reconocimiento practicado alrededor de la capilla, reveló, además, que en efecto se trata de un lugar donde antiguamente los indios venían á hacer sus ofrendas á Tláloc, es decir, al dios de los temporales. Así lo prueban algunas figuritas que, más ó menos quebradas, pudieron encontrarse entre las raíces del zacatón que abunda en la cumbre del cerro de La Campana y alrededor del lugar donde los indígenas, al celebrar sus fiestas enfrente de la capilla, encienden sus hogueras. Persona competente me dijo también que los indígenas subían al lugar de que se habla, varias veces durante el año, sobre todo en la pascua de flores y á mediados de septiembre; pero que no permiten que mujeres ni extranjeros asistan á sus devociones; que hay, además, entre ellos, ciertas organizaciones secretas, establecidas con el fin de perpetuar los ritos que acostumbran, relativos á su culto. Mucho me hubiera gustado conocer algo de estos ritos, para ver si acaso se relacionan con el antiguo nahualismo, cosa muy probable; pero llevar á cabo semejante propósito es naturalmente cuestión de tiempo ó de oportunidades especiales, puesto que ni aun los curas de los pueblos vecinos saben que existen estos adoratorios en la sierra; habiéndome asegurado uno de éstos que ni aun preguntando á los indígenas acerca de ellos en el confesionario, revelarían nada absolutamente.

Cuando regresé á Lerma, recibí informes de que cerca de Acazulco, en un pueblo indígena otomí, al Sureste de Ocoyoacan, había otra de estas capillas, convenientemente escondida entre el monte que cubre los picachos de la cercana serranía. Está poblado este lugar por 800 habitantes, término medio, que se mantienen del cultivo de sus milpas, de la explotación de los montes y de la industria de los ayates, ramo este último á que especialmente se dedican las mujeres. No goza la gente de Acazulco, por cierto, de muy buena reputación, pues se dice de ella que en épocas anteriores solía salir á los caminos reales á robar á los viajeros, quienes rara vez lograban escapar con vida. Muy suspicaces, no

les gusta que extranjero alguno se introduzca en sus terrenos, recelosos de sus pocas propiedades, por lo que no es nada prudente excitar sospechas y ofender su susceptibilidad. Por este motivo, el guía que yo llevaba, no obstante la circunstancia de que contaba con bastantes amigos en Acapulco, me aconsejó proceder con mucha cautela y, sobre todo, no externar nada acerca del verdadero objeto de nuestra visita al pueblo. No sabía él mismo dónde se hallaba situada la capilla; pero dadas las condiciones del terreno, no fué difícil señalar el cerro en que debía encontrarse, por lo que desde luego principiámos el ascenso, cuidando de que los del pueblo no se dieran cuenta de nuestra intención.

Tiene el citado cerro cúspide doble, una que mira al Oriente y otra hacia el Poniente, sobre el eje del cerro, que se extiende de Norte á Sur. Subiendo á la primera, hallamos los restos de un entortado que probablemente sirvió de piso á una capillita que antes debió haber existido allí. Pero ya otros exploradores nos habían precedido en nuestra excursión, pues precisamente mi informante en Lerma me había dicho que el año pasado, al hacer una excursión á dicho cerro unos individuos residentes en esa localidad, habían hecho una pequeña excavación, encontrándose, además de unas figuritas de barro, un gran pedazo de copal añejo. Como esta capilla debió haber sido el lugar donde encontraron los susodichos objetos, ya no tenía objeto para nosotros prolongar nuestra permanencia allí.

Pasando al otro lado del cerro, nos encontramos al pie de su cumbre, colocada sobre un gran bloque de andesita, una cruz grande de madera, adornada con tiras de género blanco, flores, etc., ante la cual se habían encendido velas hacía pocos días. Lo que en esto más llamó mi atención fué un arbolito oyamel, de los que abundan en estos terrenos, sembrado al lado de dicha piedra y al que ya se había despojado de todos sus ramos, menos el del retoño del año. Esto recuerda lo que dice Sahagún respecto de las fiestas que solían hacer los nahoas en el décimo mes de su año civil, llamado Xocohuetzi: «Pasada la fiesta de Tlaxochimaco, cortaban un gran árbol en el monte, de veinte y cinco brazas de largo, quitaban todos los ramos y gajos del cuerpo del madero, y dejaban el renuevo de arriba del agujón. . . . »<sup>1</sup>

Ahora bien, se comprende fácilmente la asociación del antiguo Xócolt, en esta ocasión, con la cruz cristiana, teniendo en cuenta que este árbol, en el fondo, no es más que una adaptación local del

<sup>1</sup> Sahagún, obra citada, libro II, cc. 10 y 29.



CODEX BORGIA 19.

M. A. Saldagay

EL ÁRBOL CRUCIFORME DE TAMOANCHAN, TIERRA DE LOS TOLTECAS PRIMITIVOS.

Tonacaquáhuitl ó árbol de la vida y sustento de los primeros tiempos, al que con suma frecuencia se daba la forma de cruz. Otros puntos de contacto entre ambos se encuentran en la circunstancia de que el Xócotl mencionado estaba consagrado á Xiuhtecuhtli, es decir, al dios antiguo, padre de los dioses y hombres y, por tanto, una de las deidades de la vida, y que la fiesta que, según la división agrícola indígena del año solar, se celebraba á éste, tenía lugar casi en los mismos días en que, después de la introducción del cristianismo, se celebraba la exaltación de la Santa Cruz. Así, según Sahagún, el día último y principal de la fiesta del Xocohuetzi caía por el 20 de agosto; <sup>1</sup> pero según Clavijero, <sup>2</sup> el que coloca el principio de esta veintena en el 25 de agosto, el último y principal día de esta fiesta caía el 13 de septiembre. Siendo la fiesta en que se celebra la exaltación de la Santa Cruz, según el calendario católico, el día siguiente, es decir, el 14 del mismo mes, poco motivo había para los indígenas para echar en olvido el Xócolt de su gentilidad y las ideas religiosas asociadas con él. Es precisamente á causa de éstas que, una vez convertidos los indígenas, tuviesen veneración á la Santa Cruz, veneración que no poco se placen en mencionar en sus escritos los primeros misioneros. <sup>3</sup>

Esto en cuanto se refiere al árbol Xócotl y su relación con la cruz cristiana. Ahora, volviendo á nuestro asunto, haremos notar que, al subir á la cumbre del cerro por una vereda bien señalada,

<sup>1</sup> Sahagún, obra citada, libro I, apéndice.

<sup>2</sup> «Storia Antica,» tomo II, p. 240.

<sup>3</sup> «Está tan ensalzada en esta tierra la señal de la cruz por todos los pueblos y caminos, que se dice que en ninguna parte de la cristiandad está más ensalzada, ni adonde tantas ni tales ni tan altas cruces haya.» Motolinía, «Historia de los Indios de la Nueva España.» Méx., 1858, p. 137.

encontramos sobre un terraplén bastante bien arreglado la capilla representada en la lámina núm. 5. Mide aproximadamente 20 pies de largo por 12 de ancho, y está construída de adobe y techada una parte con teja y otra con tejamanil. Al frente de la puerta estaban todavía los adornos que se habían usado en la última fiesta, verificada el día 14, llamando particularmente la atención los dos oyameles que se encuentran plantados á cada lado de la puerta. Estando esta capilla en mejores condiciones, y contando con mayores elementos que la que existe en el cerro de La Campana, es natural que el número de fieles sea probablemente más grande y la fraternidad que la sostiene esté mejor organizada que la de los que frecuentan la que se halla en el otro cerro citado.

Sobre un pretil que se encuentra al fondo de ella, se hallan ocho cruces adornadas con las tiras blancas y las flores de costumbre, tal como están mostradas en la lámina núm. 5. Como se podrá apreciar, las cruces están perfectamente labradas, y dedicadas esta vez exclusivamente al Nazareno, y al pie de ellas se encuentran una lámpara, ollitas con ramilletes, cabos de velas, etc., distinguiéndose la de la izquierda por contener la fecha de que antes se hablaba. A lo largo de la pared izquierda, y colocada sobre piedras, se encuentra una viga que sirve de banco, y una mesita al lado de la derecha, que aparentemente se utiliza para los aderezos de las cruces. Además de los adornos de papel de estraza, se ven contornos de pies humanos, pintados y dibujados con carbón, por ser ésta la manera con que testifican su presencia en determinado lugar los indígenas que no saben escribir. Esta capilla tiene también cierto aire de cristianismo; pero sin embargo, como en la anterior, puede reconocerse la tradición del culto á los tlaloques dispensadores de las lluvias y al señor del árbol de la vida, representada por la cruz y los oyameles plantados á los lados de la puerta.

El lugar donde esta capilla se halla edificada, fué también antiguamente uno de aquellos en donde se hacían ofrendas y tal vez sacrificios en honor de los dioses tlaloques. Diseminados por todo el terraplén, se encontraron en gran número fragmentos de idólitos que representan el tipo de esta deidad, los cuales seguramente proceden de las excavaciones que han hecho los mismos indígenas que frecuentan ese lugar para practicar allí sus devociones. En el mismo terraplén, se hallaron también vestigios de que en el propio lugar, distinto del de el cerro de La Campana, debió haberse celebrado una fiesta en toda forma; así lo revelan los muchos fogones, restos de petates para manteados, cáscaras de fruta, hojas

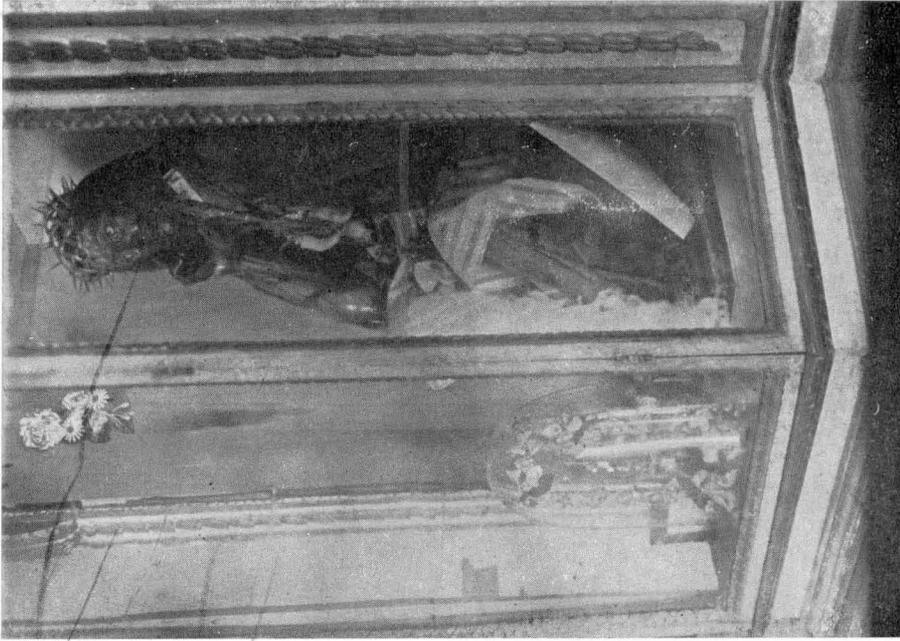


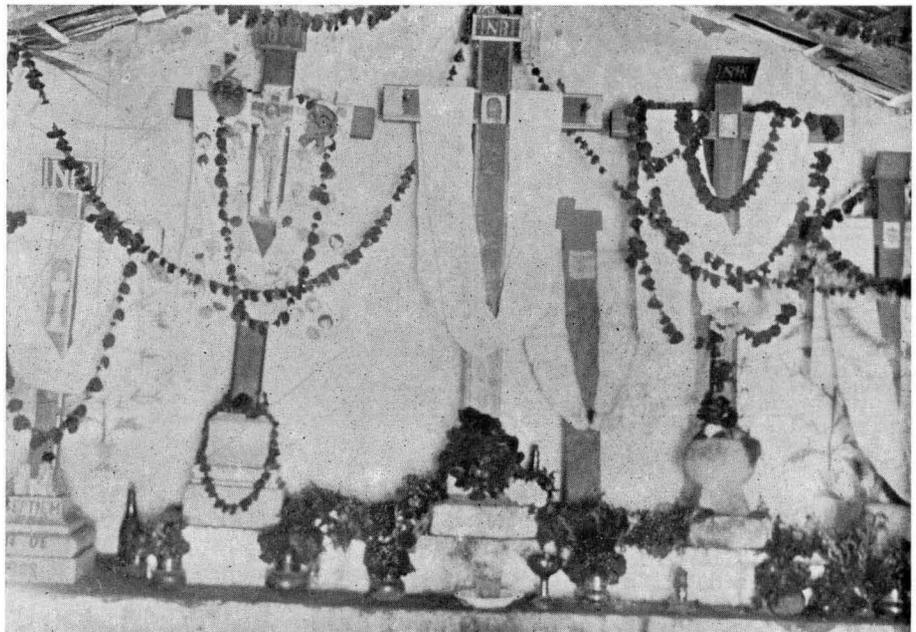
IMAGEN DEL SEÑOR DE LA CAÑA QUE SE VENERA EN LA IGLESIA DE LERMA, EDO. DE MÉX.



PARED CON DIBUJOS DE PIES Y MANOS EN LA CAPILLA DE LA SANTA CRUZ EN ACAZULCO, EDO. DE MÉX.



CAPILLA DE LA SANTA CRUZ EN ACAZULCO, EDO. DE MÉX.



CRUCES VENERADAS EN LA CAPILLA DE LA SANTA CRUZ EN ACAZULCO, EDO. DE MÉX.

de tamal y fragmentos de botellas que contuvieron aguardiente que allí se encontraron. La misma capilla revela que en ella ya se venera en forma más moderna, y que indudablemente se permite también á las mujeres que tomen parte en las ceremonias y fiestas que se celebran. En cambio, la indumentaria de la capilla del cerro de La Campana es claro testimonio de un culto que se remonta á épocas más remotas; consecuencia probable del hecho de que cerca de ese lugar existen pueblos que, como el de Xochicautla, son reconocidos por el atraso en que se encuentran y la tendencia de exclusivismo de sus habitantes, enemigos declarados de todo progreso.

Más adelante tuve noticias de la existencia de más de estas capillas por otros rumbos; pero no me era posible visitarlas (aunque un examen de un número mayor de ellas serfa interesantísimo y de un provecho incuestionable para el conocimiento exacto de la condición espiritual de los indígenas que á ellas concurren). Por de pronto, las investigaciones llevadas á cabo en las dos que acabo de describir, son muy suficientes para demostrar que el otomí del Distrito de Lerma cree aún lo mismo que sus antepasados de tiempo de la conquista, por más que aparente ser buen católico. Por sorprendente que parezca tal hecho, realmente no lo es si se considera que no encontrando los indígenas mencionados dificultad mayor en identificar las deidades principales del panteón católico con las del suyo propio, por haber realmente entre unas y otras muchos puntos de contacto, menos había de haber para ellos ninguna dificultad en amoldarse á partes puramente secundarias del rito católico, tanto menos cuanto que ellos, en tiempo de su gentilidad, tuvieron instituciones religiosas parecidas, como la lustración de los infantes, el ayuno, la confesión, las fiestas en honor de los dioses, etc. Esto, en parte, explica el hecho de que en un tiempo muy corto los primeros misioneros venidos á esta Nueva España podían convertir á los centenares de miles de indígenas, aunque la misma facilidad con que pudieron lograr este fin tuvo el defecto, grave también, de que los indígenas no experimentasen una regeneración espiritual tan radical, que á consecuencia de ella todo su modo de pensar se hubiera modificado. Por lo contrario, sobrevino, en lugar de ésta, un estado de estancamiento y rutina, altamente perjudicial, no sólo en sí, sino, sobre todo, como lo prueba lo descubierto en los cerros de La Campana y de Acazolco, por la naturaleza de las ideas que mediante él se pudieron perpetuar entre los indígenas y que son en esencia las siguientes: las deidades principales del panteón antiguo americano son las de la vida y del sustento, como, por ejemplo,

Quetzalcóatl, el Señor del árbol de la vida; Cintéotl, el del maíz; Toci-Tlazoltéotl, la madre de las criaturas; Tláloc, el dios de los temporales, etc., siendo agregaciones históricas más recientes la personificación del mal, como lo representa Tetzcatlipoca y el dios de la guerra, Huitzilopochtli.

El recuerdo de estos últimos, por ser puramente histórico, puede considerarse como completamente desarraigado; pero no así el de aquéllos, por ser los patronos de los productos del campo, del sustento y, en general, de todo cuanto se relacionaba con la vida. Siendo originalmente de carácter del todo benéfico, no habría nada de malo en un recuerdo de ellos prolongado, por parte del indígena hasta nuestros días, si en un tiempo de su historia pasada estos mismos indígenas no hubiesen cobrado, por maquinación de los sacerdotes que en nombre de estas deidades fungían, <sup>1</sup> un temor muy grande á todo cuanto para ellos era dios, compenetrándose al mismo tiempo de una inferioridad y dependencia tan extraordinarias, que en su opinión ante la deidad sólo valía el sacrificio; pero nada el esfuerzo honrado personal. A consecuencia de ello, tenemos, por ejemplo, al otomí en cuestión, con tan poca fe en sus aptitudes, que nunca trata de ejercerlas como es debido, ni las conoce siquiera, ni nadie. Por supuesto que toda medida encaminada á mejorar su condición fatal, tiene que encontrar un obstáculo poderosísimo.

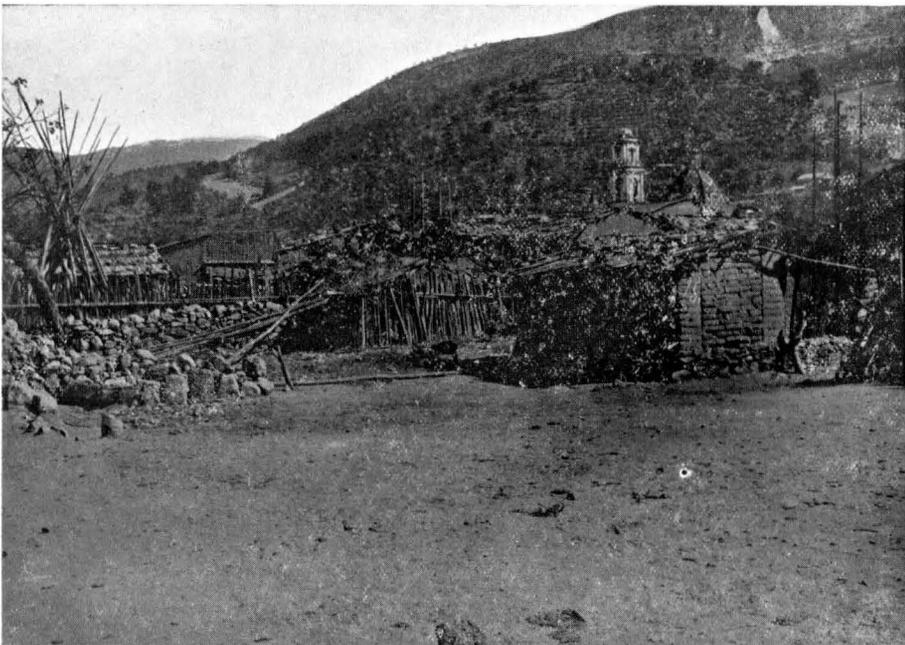
#### PUEBLOS VISITADOS.

Dadas las condiciones materiales de los otomíes, como quedaron á raíz de la conquista española y como perduran con pequeñas modificaciones hasta la fecha, y el carácter de su espiritualidad, como lo acabamos de ver, no será posible esperar que en el resto de sus condiciones y de sus rasgos individuales y sociales se salgan del nivel marcado por estos dos coeficientes de su desenvolvimiento general. Por lo contrario, dan éstos una idea cabal de la condición de los indígenas, como los pude observar en los pueblos de Cholula, Acapulco, Ameyalco, Tarasquillo, Atarasquillo, Santa María, Tlalminilolpan, Nimiapa, Xilocingo, San Bartolo Ozolotépec y

<sup>1</sup> «... Adoraban (los toltecas) á un solo señor que tenían por dios, al cual le llamaban Quetzalcóatl... lo que les mandaba lo hacían y cumplían, y *excedían de ello*.» Sahagún, obra citada, tomo III, p. 12.



VISTA GENERAL DE AMEYALCO, EDO. DE MÉX.



CASAS OTOMÍES EN AMEYALCO, EDO. DE MÉX.

**ENCUENTRO DEL MUSEO NACIONAL**

otros, todos pertenecientes al Distrito de Lerma y representando una población indígena de 8,000 á 9,000 almas, aproximadamente. Están situados, sin excepción, en la ladera Poniente de la sierra que media entre los valles de México y Toluca, siendo su altitud considerable. México, por ejemplo, tiene de 2,240 á 2,270 ms. sobre el nivel del mar; Lerma, en el Valle de Toluca, asciende á 2,577, y Salazar, la estación de más elevación del Ferrocarril de México á Toluca, á 2,991. Por consiguiente, se puede decir que los pueblos enumerados están situados entre 2,600 ms. y 3,000 ms. sobre el nivel del mar. A consecuencia de esta altura extraordinaria, el clima de que gozan es muy sano; pero también tan frío, que con frecuencia los sembrados no alcanzan el tiempo necesario para darse, dejando á los indígenas sin los recursos, para ellos inestimables, de una troje llena. Además, los terrenos de que disponen los pueblos enumerados, con raras excepciones son de calidad inferior, consistiendo, en su mayoría, de un suelo arcilloso, residuo de la roca eruptiva, característica de la geología de toda esta comarca, el cual, por una parte, es muy duro para labrarse y, por otra, desventajoso por no retener mucho la humedad. Así, el clima y la calidad del suelo se combinan para obligar al agricultor á cultivar cereales como la cebada, para él de utilidad y valor menos directos. Ahora bien, si por lo menos estos pueblos dispusiesen de la cantidad de terrenos suficientes para llevar adelante el mencionado cultivo en escala mayor, la cantidad de ellos compensaría su calidad inferior; pero ya se explicó que tal compensación en las condiciones actuales, está fuera de cuestión. La consecuencia de ello es que las milpas de que disponen los indígenas, rara vez sostienen sus necesidades por más tiempo que tres ó cuatro meses. El que logra de ellas maíz para todo el año, es rico.

En algunos casos, sin embargo, viene en ayuda del indio el monte, el que por aquella sierra aun no está completamente talado.

Así, los habitantes de Acazulco y de Xochicautla, una vez terminadas las cosechas, se dedican al negocio del carbón y de la viga. Pero hay desgraciadamente la circunstancia de que no saben ó no quieren cuidar de los bosques, explotándolos frecuentemente de un modo tan irracional, que pronto acaban con un recurso tan valioso. Ya no encontrando qué sacar de sus terrenos, se ven obligados á bajar á las haciendas, donde, por la gran oferta de brazos, su trabajo es poco apreciado, resultando los sueldos que ganan sumamente bajos (0.31 cs. á 0.37 cs. los hombres, 0.18 cs. á 0.21 cs. las mujeres). Otros, cuyos terrenos les permiten tener animales domésticos, se dedican al comercio, bajando á tierra caliente y tra-

yendo de allí artículos de consumo á la Capital; otros se pasan al Distrito Federal en busca de jornal, quedando gran parte del año alejados de sus hogares. Y sin embargo, con todo esto, el instinto agricultor en estos hombres no muere. Tan luego como es tiempo de preparar el terruño para la siembra, ahí van de regreso á él; virtud ésta tan grande, que el Estado, para cuya riqueza no hay base más segura que la agricultura y todo lo que de ella depende, debería premiarla dándoles campo en que darse gusto.

### Físico.

El medio en que viven los pueblos, indefectiblemente deja sus huellas en su físico. Así, dice, por ejemplo, Sahagún, los americanos de las épocas primitivas eran de más cuerpo y mejor desarrollados que los indígenas de su tiempo y que, á consecuencia de esa superioridad física, habían sido capaces de correr todo un día sin cansarse. <sup>1</sup> No es probable que en eso haya exageración, por ser un hecho histórico el que la cultura de aquellos primitivos, tal vez la mejor que este continente jamás viera, por una parte era de muchas exigencias para con ellos; pero por otra, también los tenía en la opulencia. Con los indígenas de la época actual no pasa lo mismo; sus exigencias son pocas, sin que aun así alcancen siempre lo indispensable para su frugalidad. En cuanto á los otomfes, es seguro que una alimentación defectuosa, á la vez que escasa, á más de una vida errante, han producido aquel tipo característico de ellos, de estatura baja, rasgos faciales siempre groseros, formas de cuerpo gruesas, faltando entre ellos casi por completo todas esas naturalezas más finas que sólo en condiciones más favorables pueden existir. Sin embargo los otomfes no siempre han sido así, como lo prueban las estaturas grandes que á veces se notan entre ellos, siendo tal vez este tipo un resto de la raza como era en épocas pasadas.

Agregando la influencia de faenas nada refinadas en que se tienen que ocupar estos indios á la de una alimentación que deja luego mucho que desear, no es de esperarse que haya mucha hermosura entre los otomfes; y, sin embargo, por tener la ventaja de ser una raza comparativamente libre de mezclas heterogéneas, no faltan tipos atractivos, tanto entre los hombres como entre las mujeres.

<sup>1</sup> Obra citada, tomo III, p. 112.



VISTA GENERAL DE TARASQUILLO (TLALASCO), EDO. DE MÉX.



VISTA GENERAL DE UN PUEBECILLO CERCANO Á TARASQUILLO, EDO. DE MÉX.

**BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL**

Las deformaciones parecen ser muy raras, siendo pocos los que no tengan su cuerpo bueno y sano. Dos hombres de veinte años aproximadamente que tuve la oportunidad de medir, tenían la altura de cuerpo de siete cabezas y media, prescrita por el canon de Fritsch para un físico de 165 cms. de alto; y esto que no eran tipos escogidos. La musculatura era buena; los ejes de los miembros, derechos; tórax ancho y hondo; forma de la cabeza, buena; altura del cráneo, comparativamente grande; frente bien desarrollada; distancia entre los ángulos interiores de los ojos, considerable, y prognatismo, ausente. Seguramente que en los otómíes no tenemos delante una raza de por sí inferior, sino una que, sólo á consecuencia de la condición desfavorable en que se encuentra, hasta cierto grado ha degenerado.

Una circunstancia que indudablemente perjudica mucho su desarrollo físico, es la costumbre que tienen de casarse á una edad demasiado tierna, costumbre que, engendrada probablemente por la influencia de un clima cálido, se ha perpetuado entre ellos por la tradición. No es nada raro encontrar entre ellos madres de quince años de edad y padres de diez y siete y diez y ocho. Prometidos los novios desde niños, costumbre antigua también, 1 apenas llega el muchacho á ganar su jornal, se casa, por ser para él de un valor económico muy grande la compañera, que le hace de comer, le lava, le corta la ropa, cuida sus pequeñas propiedades en su ausencia, *le ayuda á ganar* y le da los hijos que serán el sostén de su vejez. Pero dada esta función de la mujer en el matrimonio, claro está que todas las ventajas se encuentran del lado del hombre, resultando la posición de la mujer, penosísima, influyendo la vida fatigosa que tiene que llevar, no solamente en deprimir las cualidades físicas é intelectuales de ella, sino también en rebajar correspondientemente la vitalidad de la prole. Efectivamente, se cría ésta en condiciones tan poco favorables, que de seis hijos, que parecen la regla, y de ocho ó diez, que no son cosa rara, un 25% y hasta un 33% se mueren en los primeros años de su vida.

#### HABITACIÓN, ALIMENTO Y VESTIDO.

Aun el indígena próspero de otras comarcas no se preocupa mucho por construir casas buenas y amplias; como todos sus instintos son más bien primarios que secundarios, le basta por lo general un

1 Sahagún, obra citada, tomo III, p. 127.

rínconcito exento de las miradas del extraño y de los accidentes más desagradables del tiempo. Para construirlo, se sirve de cualquier material que en este sentido pueda serle útil, cuidándose poco de bellezas arquitectónicas y comodidades. Así, el otomí, tiene su casa como si en los terrenos habitados por él nunca hiciese frío. Generalmente, es ésta muy pequeña, y solamente de adobe ó de algún otro material más resistente cuando no hay tabla de pino ó caña de maíz. El techo sí tiene que ofrecer mejores garantías, y en la región cuyos pueblos pude visitar, es de teja de barro ó de *tejamanil*. La cuestión de la ventilación se discute en una casa de éstas tan poco como la de la calefacción; reina, además, en ella, en cuanto á privilegio de ocupación, un comunismo entre hombres y animales digno de otra causa mejor. La madre naturaleza, que ha dado los materiales para la construcción de la casa, también da casi todos los muebles, siendo el *tepetate* vivo y no muy parejo el que sirve de mesa, de silla y aún de cama. Sólo por motivos especiales se construye una especie de entarimado para el descanso nocturno. Entonces éste y la mesa que sirve de altar á los santos domésticos y una que otra petaca se salen del nivel general de las cosas.

El alimento de los otomíes observados por el autor, es muy sencillo: el maíz en tortilla y atole, salsa de chile y sal. Frijol en ocasiones contadas; carne una que otra vez; pan, chocolate y el guajolote en fiestas muy grandes; azúcar como remedio, y como narcóticos el pulque, el aguardiente y el tabaco. Como se ve, hay poca variedad de comestible entre los indígenas referidos, siendo lo peor de la situación que muchas veces escasea aún este poco. Es difícil que en la República haya gentes más frugales que los otomíes del Distrito de Lerma.

En materia de vestido son tan poco aparatosos estos otomíes como en todo lo demás. Antes los hombres vestían mantas y *maxtles*;<sup>1</sup> hoy día usan camisa, calzón y blusa, sombrero y huaraches. Prendas de origen más antiguo son el ayate, el distintivo del otomí, y el abrigo hecho de cierta gramínea de tallo largo y resistente, que sirve de manga. Más conservadoras en materia de vestido que los hombres son las mujeres, las que aun visten completamente al estilo antiguo: manta de lana con su ceñidor correspondiente, muy á menudo muy bien labrado; *quechquemil* ó algodón para la parte superior del cuerpo, ó también la camisa de mujer al estilo indígena, con sus labores correspondientes al rededor del cuello y en

<sup>1</sup> Sahagún, obra citada, tomo III, p. 123.

las mangas, en hilo y hasta en chaquira primorosa (Cholula). Desde la remota antigüedad tienen fama las mujeres otomíes de ser muy hábiles bordadoras, <sup>1</sup> siendo los dibujos que se ven en sus camisas, ceñidores y ayates, hechos por ellas, prueba de su buen gusto y talento para esta clase de trabajos. Por desgracia sus otros muchos quehaceres y la situación difícil de la familia á que pertenecen, no les permiten dedicarse con más holganza á estos trabajos.

El peinado de los otomíes es el muy generalizado entre los indígenas de la República y usado indistintamente por casadas y solteras: partiendo la cabellera en medio, se le reúne de cada lado en forma de trenza, en cuyo fin se entreteje una cinta, por medio de la cual, ó las dos trenzas se amarran una á otra, ó, dándoles vuelta en sentido opuesto, se les ata en derredor de la cabeza.

#### EDUCACIÓN Y CARÁCTER.

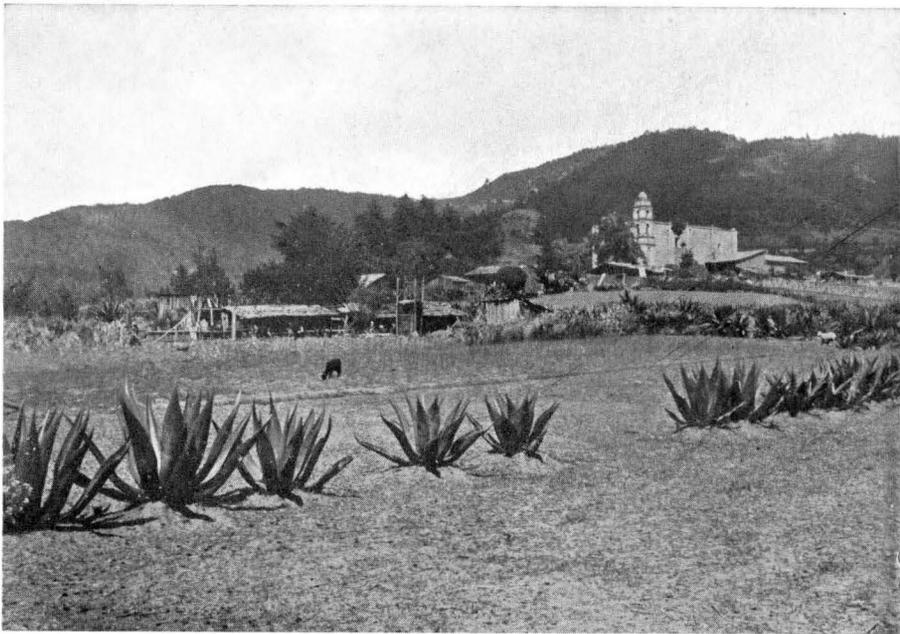
Dado el hecho de que la gran mayoría de los otomíes, los del Distrito de Lerma no exceptuados, aun conservan su propio idioma, del cual se sirven casi exclusivamente, es natural que, perdiendo el habla, hayan perdurado también muchas ideas antiguas, usos y costumbres, los que se guardan por estos indígenas como norma de vida trazada por sus antepasados y que, por consiguiente, son consideradas como cosa sagrada. Habiendo estas influencias en número considerable y siendo poderosísimas, es difícil que á la sombra de ellas puedan prosperar mucho las ideas netamente modernas, sobre todo cuando las instituciones, en las cuales éstas se tienen que apoyar para poderse arraigar, son contadas y de una eficacia muy dudosa. Así, por ejemplo, la vida espiritual del indígena referido es de estancamiento y rutina, y también las faenas á que se dedican, sea por cuenta suya ó trabajando en las haciendas, son de las más simples y rutinarias que se pueden imaginar. Si existe una buena inteligencia entre estos indígenas, escasa oportunidad tiene de ejercitarla, dando esto por resultado que los más de ellos nunca salen de su segunda infancia. Las escuelas que en sus pueblos se tienen establecidas y que debían ser el baluarte principal del progreso, salvo contadas excepciones, son tan deficientes que su utilidad es muy dudosa. Seguro que en su aspecto nada hay dispuesto á causar la impresión de or-

<sup>1</sup> Sahagún, obra citada, tomo III, p. 127.

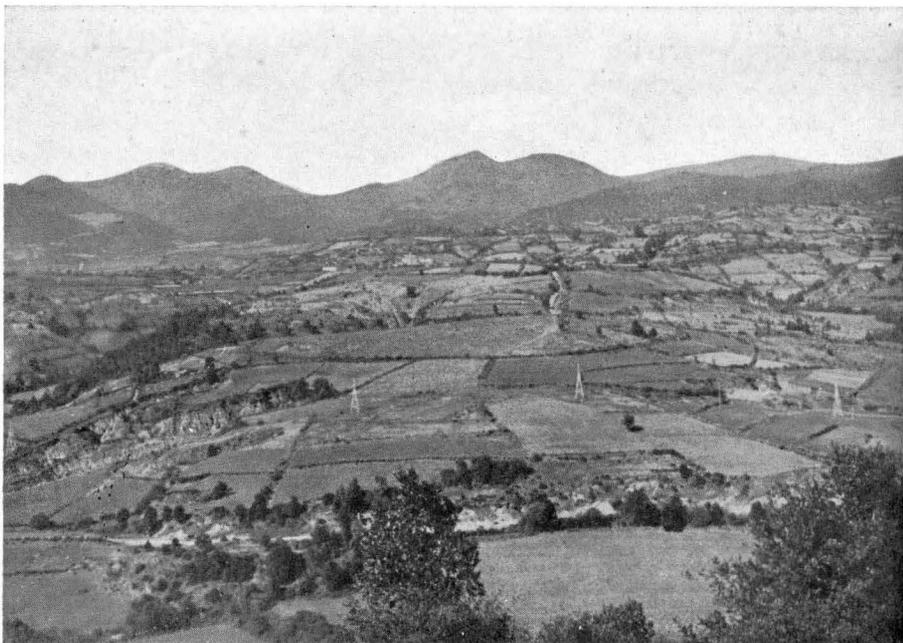
den, aseo, disciplina, trabajo y patriotismo que indefectiblemente debe emanar de ellas, más que de ninguna otra institución del Estado. Por eso muchos padres de familia, para quienes el tiempo vale mucho, por tener que dar horas largas de trabajo para ganar un jornal muy reducido, encuentran más provechoso que su hijo sirva de pastor ganándose la ropa, la comida y diez reales en moneda, mensuales. Es cierto que á esto muchas veces les obligan la pobreza y lo crecido de la familia; cierto también que pocos de ellos saben lo suficiente en materia de enseñanza para poder reconocer los méritos de una escuela buena; pero siempre queda el hecho de que si la enseñanza como se les dispensa en estos pueblos fuese útil, no verían los vecinos las escuelas con la suma indiferencia y aún desprecio con que actualmente las ven y hasta se respetaría más la institución.

Esto en cuanto á las escuelas de niños. El caso de las escuelas de niñas es peor aún, porque no existen, siendo tal hecho una prueba contundente de que hasta la fecha no se ha pensado de parte de quien corresponde, en favorecer de modo alguno á los indígenas de esta región, porque precisamente para elevar el nivel de la familia, es necesario educar convenientemente á la mujer. Y esto por dos consideraciones muy obvias: la primera, porque la función social de la mujer, como tal, es eminentemente conservadora, rayando, sobre todo cuando es indígena, en retrógrada; la otra, porque como madre, influye poderosamente en todas las cualidades de sus hijos, precisamente durante el período de formación de éstos. Pero era de esperarse por otros motivos la falta de atención á la educación de la mujer en el Distrito referido, abundando indicios que muy á las claras manifiestan que allí más bien es cuestión de no cuidar de la educación y progreso del indígena para tener así, por una parte, muchos consumidores y, por otra, braceros abundantes y, por consiguiente, baratos para las grandes empresas.

Sobre el carácter del indígena otomí de esta región, no se pudieron hacer observaciones más detalladas, por no ser suficientes ni el tiempo ni las ocasiones para juzgarlo en este sentido. No obstante, no faltan indicios que, aun sin estudio más detenido, desde luego lo proclaman de rasgos completamente primitivos. Así, por ejemplo, la facilidad con que á veces se ríe y el nivel de las cosas que le divierten, no preocuparían á persona más culta; su irascibilidad completamente salvaje, que por motivos mezquinos lo lleva al crimen pasional; la seriedad que imprime en sus facciones el cuidado de la lucha por la vida, y el abandono completo de ésta y el despilfarro al verse él en una abundancia inesperada; lo poco des-



VISTA GENERAL DE JILOCINGO, EDO. DE MÉX.



VISTA GENERAL DE NIMIAPA, EDO. DE MÉX.

**BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL**

arrollado de su instinto previsor, como lo manifiestan sus habitaciones y todo lo demás de su cultura material, y su extrema sensualidad, que desde su antigüedad le ganó el nombre de ebrio y de inmoral; <sup>1</sup> la falta de aseo, tanto en su persona como en todo lo que con ella tiene alguna relación, indicio de que desgraciadamente más fácil es para él habituarse á un mal que hacer el esfuerzo necesario, y la pasividad relativa con que ve su situación general. Es probable también que no sepa estimar siempre la bondad y la consideración, sino que considere éstas como debilidad y que, por consiguiente, las menosprecie en lugar de mostrar gratitud. Seguramente no serán pocos los defectos del indígena referido en este sentido, y, sin embargo, dada la historia de su pasado, durante el cual casi nunca se ha tratado de favorecerlo, es de admirarse que no haya degenerado por completo, sino que, por lo contrario, en sentido moral, está muy lejos de ser lo peor que hay hoy día en la República. Por tanto, no hay que formar la opinión errónea de que ya no sería posible emancipar al otomí en bien de la sociedad general; será difícil, sí, por tratarse de un pueblo estancado y de constitución ética primitiva, pero no es imposible.

<sup>1</sup> Sahagún, obra citada, tomo III, pp. 126 y 128.

